

Juan 15:1-8

Sermón Juan 15:1-8 Quinto domingo de Pascua 2009

»Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. »Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, los echan en el fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. Jn 15.1-8

Tal vez una de las críticas más frecuentes que se hace a nuestra iglesia y otras que proclaman la doctrina bíblica de que la salvación es exclusivamente por la gracia de Dios y se recibe exclusivamente por fe, sin las obras de la ley, es que esto menosprecia las buenas obras y deja a las personas viviendo en el pecado sin preocuparse. Nada puede ser más lejos de la verdad. Nuestro texto de hoy nos ayuda a ver la importancia de las buenas obras y también la verdadera fuente de las buenas obras. Nos advierte contra descuidar las buenas obras y nos da la motivación correcta por hacer las buenas obras.

El texto nos advierte de la importancia de las buenas obras. No es para obtener la salvación. El texto claramente dice que “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. Ésta es la palabra que declara, como Jesús hizo al paralítico: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Esta palabra es la proclamación de la justificación por la fe, por causa de Cristo y su sacrificio en la cruz. Pablo resume esta verdad en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”. Así que el propósito de las buenas obras no es para obtener o ganar la salvación. Ésta es algo que se nos da gratuitamente por los méritos de Cristo. Pero aun en ese contexto Pablo nos advierte del propósito de nuestra

justificación: “pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Ef 2.10).

Con su mensaje de gracia en Cristo Jesús, el Padre celestial nos ha salvado no *para* el pecado, sino *del* pecado. Así Santiago nos advierte que la verdadera fe se demostrará con una vida de buenas obras que glorifican al Padre celestial y sirven al prójimo. “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras»” (Stg 2.14-18).

Jesús también en nuestro texto nos advierte en contra de descuidar las buenas obras o la vida de santificación. “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Cristo aquí usa una imagen. Se compara con una vid, una parra, una planta de uva. Cada rama que está conectada con el tronco de esa vid existe con el propósito de producir abundantes uvas succulentas. La rama que no es productiva no está cumpliendo su propósito. El labrador sencillamente cortará tales ramas infructíferas de la vid. Cortadas del tronco, no hay fuente de vida y no hay posibilidad de producir ningún fruto. Sólo se secan las ramas, se recogen, y se echan al fuego y se queman.

Lo que Jesús está presentando, si quitamos la figura, es esto: Una fe verdadera y una conexión viviente con él inevitablemente producirá el fruto de las buenas obras. En donde hay una ausencia total de tales obras es una evidencia de que no existe la verdadera fe. Aun una persona que en un tiempo tuvo una relación viva con Jesucristo puede permitir que la antigua naturaleza pecaminosa domine tanto en él que pierde su vida espiritual y se convierte en una rama totalmente infructífera, de modo que finalmente aun la apariencia de una conexión con Cristo se pierde. El terrible fin para tales personas es el fuego eterno del infierno. Para repetir lo que dijo Santiago: “Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta”. En vista de esta seria advertencia, seguramente no cometeremos el

error de pensar que las buenas obras no tienen importancia en la vida del cristiano.

Pero ¿cuál es la fuente de las buenas obras en el cristiano? El texto claramente nos dice: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer”. Es nuestra unión por fe con Cristo la que nos permite hacer obras que Dios realmente considera buenas. De hecho, donde no existe esta conexión viva con Cristo no hay verdaderas buenas obras delante de Dios, no importa lo que parezcan a los hombres. “Separados de mí nada podéis hacer”. La declaración es contundente. Así como ninguna rama que es cortada de una parra jamás producirá uvas, tampoco puede un ser humano hacer algo que Dios aprueba si no está unido con Cristo por la fe.

¿Y cómo podemos quedarnos unidos con Cristo? Nuestro texto nos indica que esto sucede cuando su palabra permanece en nosotros. Allí está la importancia del estudio y la meditación en la palabra de Dios. En ella Dios nos advierte contra el pecado, y nos enseña cuánto de pecado todavía hay en nuestra vida. Allí nos consuela con su precioso evangelio del perdón de los pecados. Allí nos exhorta a andar como es digno de nuestra vocación, agradeciendo a nuestro Salvador en todo lo que hagamos, dejando que el amor de Dios hacia nosotros, pobres y miserables pecadores, se refleje en una vida de amor y perdón dirigida a los que están alrededor de nosotros. Es fácil olvidar a Dios y poco a poco conformar nuestra vida a los caminos de este mundo pecaminoso. ¡Cuánta ayuda recibimos para que esto no pase cuando diariamente tomamos la palabra de Dios, la meditamos, dejamos que nos penetre y nos fortalezca en nuestra relación con Cristo! Y así tenemos la promesa de Cristo que él también permanecerá en nosotros. Y “el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto”.

Sin embargo, tenemos que darnos cuenta de cuán fácil es que nos debilitemos en llevar fruto, en producir las buenas obras que expresan nuestra unidad con Cristo. Cristo nos dice también que “todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. Está usando la figura de la vid y las ramas. Se refiere a la práctica de podar la vid para que produzca más fruto. Me acuerdo cuando vivimos en El Paso, Texas, había dos parras en

el patio detrás de la casa. Tenían un tronco algo grueso, dos o tres ramas principales que se extendían en una enrejada. Cada año en el invierno tuvimos que cortar todas las ramas más pequeñas que habían crecido el año anterior. Parecía cruel y excesivo, pero si no se hacía, de esas ramas pequeñas brotarían otras ramas aun más pequeñas y débiles, y pronto la producción de uvas sería mínima. Ese podar es lo que permitía que cada rama tuviera racimos grandes y jugosos.

Dios hace lo mismo con nosotros. No sólo mediante la palabra de su ley, sino también mediante las aflicciones y dificultades él controla el viejo Adán para que los frutos del Espíritu se manifiesten siempre en nuestra vida. “La obra del Padre es negativa; el poder positivo para mayor producción de fruto está en Jesús, la vid. Así entre más se refrene la carne, más aumentarán los frutos. Por eso el Señor y los apóstoles nos amonestan, prueban, reprenden y advierten tan constantemente contra las obras de la carne. A veces sus palabras cortan profundamente, pero tienen que hacerlo para que el Espíritu triunfe sobre la carne y produzca más fruto digno del arrepentimiento” (Lenski). Estas dificultades también nos impulsan a orar, orar que podamos servir siempre más fielmente a nuestro Salvador por el poder del Espíritu Santo que viene a nosotros en las promesas del evangelio. De hecho, cuando estamos en Jesús, y nuestra meta es agradecer y glorificar a él, podemos pedir cualquier cosa del Padre y nos lo concederá.

¿Y qué nos impulsa a hacer estas obras? Aparte del hecho de que es la forma en que podemos decir las gracias a nuestro Salvador por redimirnos del pecado y el infierno, Jesús nos enfatiza que esas obras glorifican a su Padre. “En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos”. Creer en el Hijo, seguir sus instrucciones, confiar en sus promesas, todo eso glorifica al Dios que envió a su Hijo para salvarnos y preparar un pueblo para servirlo y vivir en íntima comunión con él para siempre. ¿Podemos tener una meta mayor en nuestra vida? Permanezcamos, entonces, en Jesús y su palabra, confiando en su promesa del perdón y llevando una vida de servicio a él y al prójimo en su nombre. Amén.

Juan 15:1-8

Sermón Juan 15:1-8 Quinto domingo de Pascua 2009

»Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. »Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer. El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, los echan en el fuego y arden. Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queráis y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos. Jn 15.1-8

Tal vez una de las críticas más frecuentes que se hace a nuestra iglesia y otras que proclaman la doctrina bíblica de que la salvación es exclusivamente por la gracia de Dios y se recibe exclusivamente por fe, sin las obras de la ley, es que esto menosprecia las buenas obras y deja a las personas viviendo en el pecado sin preocuparse. Nada puede ser más lejos de la verdad. Nuestro texto de hoy nos ayuda a ver la importancia de las buenas obras y también la verdadera fuente de las buenas obras. Nos advierte contra descuidar las buenas obras y nos da la motivación correcta por hacer las buenas obras.

El texto nos advierte de la importancia de las buenas obras. No es para obtener la salvación. El texto claramente dice que “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado”. Ésta es la palabra que declara, como Jesús hizo al paralítico: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. Esta palabra es la proclamación de la justificación por la fe, por causa de Cristo y su sacrificio en la cruz. Pablo resume esta verdad en Efesios 2:8-9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe”. Así que el propósito de las buenas obras no es para obtener o ganar la salvación. Ésta es algo que se nos da gratuitamente por los méritos de Cristo. Pero aun en ese contexto Pablo nos advierte del propósito de nuestra justificación: “pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas” (Ef 2.10).

Con su mensaje de gracia en Cristo Jesús, el Padre celestial nos ha salvado no *para* el pecado, sino *del* pecado. Así Santiago nos advierte que la verdadera fe se demostrará con una vida de buenas obras que glorifican al Padre celestial y sirven al prójimo. “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarlo? Y si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: «Id en paz, calentaos y saciaos», pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta. Pero alguno dirá: «Tú tienes fe y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras y yo te mostraré mi fe por mis obras»” (Stg 2.14-18).

Jesús también en nuestro texto nos advierte en contra de descuidar las buenas obras o la vida de santificación. “Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Cristo aquí usa una imagen. Se compara con una vid, una parra, una planta de uva. Cada rama que está conectada con el tronco de esa vid existe con el propósito de producir abundantes uvas succulentas. La rama que no es productiva no está cumpliendo su propósito. El labrador sencillamente cortará tales ramas infructíferas de la vid. Cortadas del tronco, no hay fuente de vida y no hay posibilidad de producir ningún fruto. Sólo se secan las ramas, se recogen, y se echan al fuego y se queman.

Lo que Jesús está presentando, si quitamos la figura, es esto: Una fe verdadera y una conexión viviente con él inevitablemente producirá el fruto de las buenas obras. En donde hay una ausencia total de tales obras es una evidencia de que no existe la verdadera fe. Aun una persona que en un tiempo tuvo una relación viva con Jesucristo puede permitir que la antigua naturaleza pecaminosa domine tanto en él que pierde su vida espiritual y se convierte en una rama totalmente infructífera, de modo que finalmente aun la apariencia de una conexión con Cristo se pierde. El terrible fin para tales personas es el fuego eterno del infierno. Para repetir lo que dijo Santiago: “Así también la fe, si no tiene obras, está completamente muerta”. En vista de esta seria advertencia, seguramente no cometeremos el error de pensar que las buenas obras no tienen importancia en la vida del cristiano.

Pero ¿cuál es la fuente de las buenas obras en el cristiano? El texto claramente nos dice: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer”. Es nuestra unión por fe con Cristo la que nos permite hacer obras que Dios realmente considera buenas. De hecho, donde no existe esta conexión viva con Cristo no hay verdaderas buenas obras delante de Dios, no importa lo que parezcan a los hombres. “Separados de mí nada podéis hacer”. La declaración es contundente. Así como ninguna rama que es cortada de una parra jamás producirá uvas, tampoco puede un ser humano hacer algo que Dios aprueba si no está unido con Cristo por la fe.

¿Y cómo podemos quedarnos unidos con Cristo? Nuestro texto nos indica que esto sucede cuando su palabra permanece en nosotros. Allí está la importancia del estudio y la meditación en la palabra de Dios. En ella Dios nos advierte contra el pecado, y nos enseña cuánto de pecado todavía hay en nuestra vida. Allí nos consuela con su precioso evangelio del perdón de los pecados. Allí nos exhorta a andar como es digno de nuestra vocación, agradeciendo a nuestro Salvador en todo lo que hagamos, dejando que el amor de Dios hacia nosotros, pobres y miserables pecadores, se refleje en una vida de amor y perdón dirigida a los que están alrededor de nosotros. Es fácil olvidar a Dios y poco a poco conformar nuestra vida a los caminos de este mundo pecaminoso. ¡Cuánta ayuda recibimos para que esto no pase cuando diariamente tomamos la palabra de Dios, la meditamos, dejamos que nos penetre y nos fortalezca en nuestra relación con Cristo! Y así tenemos la promesa de Cristo que él también permanecerá en nosotros. Y “el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto”.

Sin embargo, tenemos que darnos cuenta de cuán fácil es que nos debilitemos en llevar fruto, en producir las buenas obras que expresan nuestra unidad con Cristo. Cristo nos dice también que “todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto”. Está usando la figura de la vid y las ramas. Se refiere a la práctica de podar la vid para que produzca más fruto. Me acuerdo cuando vivimos en El Paso, Texas, había dos parras en el patio detrás de la casa. Tenían un tronco algo grueso, dos o tres ramas principales que se extendían en una enrejada. Cada año en el invierno tuvimos que cortar todas las ramas más

pequeñas que habían crecido el año anterior. Parecía cruel y excesivo, pero si no se hacía, de esas ramas pequeñas brotarían otras ramas aun más pequeñas y débiles, y pronto la producción de uvas sería mínima. Ese podar es lo que permitía que cada rama tuviera racimos grandes y jugosos.

Dios hace lo mismo con nosotros. No sólo mediante la palabra de su ley, sino también mediante las aflicciones y dificultades él controla el viejo Adán para que los frutos del Espíritu se manifiesten siempre en nuestra vida. “La obra del Padre es negativa; el poder positivo para mayor producción de fruto está en Jesús, la vid. Así entre más se refrene la carne, más aumentarán los frutos. Por eso el Señor y los apóstoles nos amonestan, reprueban, reprenden y advierten tan constantemente contra las obras de la carne. A veces sus palabras cortan profundamente, pero tienen que hacerlo para que el Espíritu triunfe sobre la carne y produzca más fruto digno del arrepentimiento” (Lenski). Estas dificultades también nos impulsan a orar, orar que podamos servir siempre más fielmente a nuestro Salvador por el poder del Espíritu Santo que viene a nosotros en las promesas del evangelio. De hecho, cuando estamos en Jesús, y nuestra meta es agradecer y glorificar a él, podemos pedir cualquier cosa del Padre y nos lo concederá.

¿Y qué nos impulsa a hacer estas obras? Aparte del hecho de que es la forma en que podemos decir las gracias a nuestro Salvador por redimirnos del pecado y el infierno, Jesús nos enfatiza que esas obras glorifican a su Padre. “En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis así mis discípulos”. Creer en el Hijo, seguir sus instrucciones, confiar en sus promesas, todo eso glorifica al Dios que envió a su Hijo para salvarnos y preparar un pueblo para servirlo y vivir en íntima comunión con él para siempre. ¿Podemos tener una meta mayor en nuestra vida? Permanezcamos, entonces, en Jesús y su palabra, confiando en su promesa del perdón y llevando una vida de servicio a él y al prójimo en su nombre. Amén.